

## Fronteras hacia adentro y hacia afuera (el caso de Quebec)

Laura LÓPEZ MORALES  
Universidad Nacional Autónoma de México

De un total de veintisiete millones doscientos noventa y seis mil ochocientos sesenta habitantes, la población que en Canadá reconoce al francés como su lengua materna representa el 24.9%, es decir seis millones setecientos noventa y ocho mil quinientos sesenta ciudadanos, cinco millones setecientos cuarenta y seis mil seiscientos treinta de los cuales se concentran en la provincia de Quebec donde, a su vez, constituyen el 83% que comparte el territorio con una comunidad quebequense angloparlante y varias minorías étnicas de inmigración más reciente. Por lo que toca al poco más de un millón de canadienses que componen las restantes minorías francoparlantes, dispersas en toda la federación, la mayoría se concentra en Ontario y en Nuevo Brunswick y las demás residen en algunas de las provincias del oeste, como Manitoba, Alberta y Columbia Británica.

Detrás de estas cuantas cifras se esconde una realidad identitaria sumamente compleja, ya que el perfil actual de estos pueblos es el resultado de episodios históricos remotos o más recientes, en virtud de los cuales estas comunidades son lo que son ahora, no sólo en términos numéricos sino de reivindicaciones de identidad. El análisis de su situación actual debe, por lo demás, tomar en cuenta no sólo los factores que internamente han definido tal trayectoria, sino que también es preciso verla a la luz de la dinámica generada desde el exterior: presencia o ausencia de otros interlocutores inmediatos que precipiten o contrarresten ciertos procesos. En el caso del pueblo quebequense, pensamos concretamente, por una parte, en el peso del vecindaje con Estados Unidos, que refuerza y acentúa la influencia del modelo anglosajón sobre la comunidad francoparlante, que tanto ha pugnado por defender su identidad cultural, y, por la otra, en la posibilidad que para ésta puede representar crear un puente de afinidades culturales con el bloque latinoamericano.

En este orden de ideas, nos parece importante recordar que uno de los sentidos que, en primera instancia, debiera saltar a la vista al referirnos a la noción de "frontera" es justamente el que entraña su etimología, derivada de

“frente”: *frons, frontis*, en latín. El “frente” es la parte anterior del rostro o la superficie que se presenta para el contacto con alguien o algo. No obstante, a menudo el término suele evocar más un límite, una demarcación, el confin y en ocasiones la barrera que nos separa del otro, de los otros. Es más, buena parte de nuestra vida nos movemos entre y dentro de fronteras físicas y geográficas muchas veces equivalentes a otras tantas barreras mentales y culturales que, según los casos, tratamos de preservar, por instinto de conservación, y en otros nos esforzamos por franquear en nuestro afán y necesidad de comunicación, de encuentro y de comunión.

Algunos individuos, al igual que algunos pueblos, han debido hacer gala de coraje y entereza para defenderse de los embates que atentan contra su integridad. Otros han tenido que encontrar soluciones de conciliación en el inevitable e imperativo contacto con otros grupos, dentro de un mismo espacio o en espacios limítrofes. La autarquía es imposible a nivel individual y colectivo. La vivencia de la identidad no puede entenderse sin la experiencia de la alteridad; nos percibimos como miembros de una comunidad por las afinidades e intereses que compartimos, pero también en la medida en que esos puntos comunes nos hacen diferentes de los demás. La diferencia que la alteridad pone de manifiesto, afirma al mismo tiempo la identidad del grupo. Jean Lafontant nos dice que

[...] la identidad es la definición que un sujeto da de sí mismo, enunciando lo que lo caracteriza y constituye su unidad. Esta definición, en continuo cambio, es el resultado de una relación compleja, hecha de mimetismo y de oposición, con el entorno social, especialmente la relación con los *otros significativos*, con los diversos centros de poder y con los recursos.<sup>1</sup>

Pero antes de esto, cosa especialmente pertinente en nuestro acercamiento a las interacciones entre grupos que colectivamente creen encarnar identidades diferentes, Lafontant nos precisa que

[...] la identidad individual es mucho más compleja que la identidad colectiva. A nivel individual, la identidad se construye a partir de múltiples fidelidades, en ocasiones muy diferentes, casi contradictorias: se proyecta libremente hacia el futuro casi tanto como puede referirse al pasado. Las identidades colectivas son, en este sentido,

<sup>1</sup> Jean LANFONTANT, “Interrogations d’un métèque sur la sybilline et dangereuse notion d’identité collective”, en *Sociologie et Sociétés*, núm. 1, vol. XXVI. Montreal, Les Presses de l’Université de Montréal, primavera de 1994, p. 53.

menos complejas y más rígidas. Éstas se construyen a partir de un número limitado de atributos tradicionales o inducidos por el entorno social. Apelan a la unidad del Nosotros y definen las condiciones de acceso a ella. Contrariamente a un individuo, un organismo que representa a un grupo difícilmente puede reivindicar una identidad plural.<sup>2</sup>

Esta afirmación requeriría, por lo demás, hacer algunos matices que no podemos formular en este espacio.

Planteado lo anterior, como nuestros comentarios pretenden centrarse en el caso de Quebec, la vivencia de la existencia de fronteras administrativas, culturales o mentales, nos fuerza, pues, a tomar en consideración la existencia del otro. En este caso se trata de un “otro” múltiple, pues, en primer término, dentro de las propias fronteras de la provincia hay que contar con la comunidad quebequense angloparlante y con las diversas minorías étnicas; luego, allende los límites provinciales, existe la otra alteridad, encarnada por el resto de la federación, en cuyo marco se localizan, por cierto, las demás minorías francófonas. A este respecto cabe precisar que estos grupos reivindican su identidad lingüística y cultural, pero, de un tiempo a la fecha, desearían poder hacerlo sin la referencia a Quebec. Empero, la sobrevivencia de la lengua que declaran como materna y a la que hasta ahora se le reconoce el *status* de lengua nacional, sería difícilmente concebible si se hiciera una abstracción de la provincia francófona que, en opinión de los especialistas, “en tanto que ‘sociedad de lengua y de espíritu franceses’ desempeña un ‘verdadero papel de líder de la francofonía canadiense en el respeto de todos sus componentes’”.<sup>3</sup> Dispersas a lo largo y ancho del territorio canadiense, pero sobre todo rodeadas por una mayoría aplastante de paisanos anglófonos, estas comunidades francófonas resultan cada vez más “invisibles” debido al proceso de integración que han vivido a lo largo del tiempo, así como a la reciente incorporación de otras minorías étnicas. Lo que cabe subrayar en términos de percepción del otro, que podría o debería ser sentido como “semejante”, es decir el quebequense francófono, es que estas minorías que se reconocen como francoparlantes han vivido un proceso de deterioro en sus relaciones con Quebec desde que la provincia dejó de reivindicar su pertenencia a un “Canadá francés”. Este distanciamiento se volvió, incluso, tensión debido a la política practicada por Quebec en cuanto a la no injerencia en las reivindicaciones locales de cada minoría y

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 51.

<sup>3</sup> Françoise BOUDREAU y Greg MARC NIELSEN, “Francophonies minoritaires. Identités, stratégies et altérité”, en *Sociologie et Sociétés*, núm. 1, vol. XXVI. Montreal, Les Presses de l’Université de Montréal, primavera de 1994, p. 4.

al reconocimiento explícito del derecho de las provincias anglófonas al unilingüismo. En pocas palabras, los intereses políticos de los quebequeses ya no coinciden con los de las otras minorías francoparlantes de Canadá y, por ende, las estrategias de defensa de la identidad también serán diferentes: para Quebec es la autonomía y para los francocanadienses es la conquista de un bilingüismo real en toda la federación.

A lo largo de la historia vivida por los colonos franceses en América, y hasta un cierto momento que apenas rebasa la efervescencia de la Revolución tranquila, la construcción de la identidad se asentaba consensualmente en el ámbito de la cultura, en tanto que ésta era percibida como algo homogéneo y compartido por la mayoría de los francoparlantes de Canadá. En este sentido, tanto la literatura como el discurso ideológico contribuyeron desde tiempo atrás, pero sobre todo en las últimas décadas, a interiorizar y a defender esa representación identitaria, ese sentimiento de pertenencia como reflejo defensivo frente a un entorno amenazador. Pero la realidad actual ha cambiado; dentro y fuera, el discurso de la heterogeneidad ha ido imponiéndose no sólo con la aparición de nuevos actores en el tablero social, como son los inmigrantes, sino porque la irrupción intempestiva de los medios masivos se ha traducido en la desaparición de las fronteras entre pueblos de culturas diferentes. En opinión de Marc Augé, “la cultura define una singularidad colectiva. Colectiva, corresponde a lo que un cierto número de individuos comparten; singular, a lo que los distingue de los demás hombres”.<sup>4</sup> En tales condiciones resulta cada vez más difícil erigir un centro del que emane un modelo cultural, asociable a la identidad del grupo y que permita que éste se defina frente a los otros grupos. Sherry Simon plantea la situación en los siguientes términos:

Mientras que el poscolonialismo da lugar a desplazamientos y a mezclas sin precedentes de diversas poblaciones, las ciencias humanas se abren a una importante interrogación de los conceptos de identidad (individual y colectiva) y de las grandes unidades fundadoras de la cultura (nación, clase, lengua, identidad sexual).<sup>5</sup>

De este modo, el espacio cultural es teatro de una dinámica en la que la heterogeneidad, la pluralidad de los actores, impone una movilidad permanente en las relaciones de alteridad; las reglas de inclusión y exclusión son igualmente ajustables, y las fronteras entre la identidad y la alteridad se vuelven movedizas.

<sup>4</sup> Marc AUGÉ, *Le sens des autres*. Paris, Fayard, 1994, p. 90.

<sup>5</sup> Sherry SIMON, “Présentation”, en *Fictions de l'identitaire au Québec*. Montreal, XYZ, 1991, p. 9.

Este debate no es, desde luego, privativo de Quebec o de Canadá; de hecho, las profundas mutaciones sociodemográficas, los desplazamientos masivos de individuos que por razones políticas, económicas o religiosas, escogen un nuevo espacio de arraigo, y la globalización de ciertos modelos culturales a través de los medios masivos de comunicación, han contribuido de manera determinante a la revisión de las representaciones identitarias tanto de los grupos que emigran como de los que acogen en su seno a esos exiliados, con los consiguientes efectos de la interacción que se genera entre ambos. Resulta cada vez más difícil seguir funcionando a partir de concepciones monolíticas de la cultura.

Como se trata de un asunto ampliamente analizado, no abundaremos en la difícil relación entre colonos franceses e ingleses, sobre todo desde el siglo XVIII, época en que los primeros, después de haber sido amos y señores de un vasto territorio, son reducidos a la condición de dominados frente a los segundos. Mucho se ha escrito acerca de las tensiones entre las dos comunidades y de la lucha denodada de los franceses por preservar su identidad cultural mediante la defensa de los valores refugio esenciales: religión, lengua y arraigo a la tierra, para resistir la asimilación y aculturación propugnadas por el grupo dominante. También son múltiples los testimonios respecto de los fallidos intentos de emancipación, unos saldados con sangre, otros con la frustración que, empero, no acalla las reivindicaciones independentistas. De Papineau a Parizeau, pasando por una interminable lista de intelectuales, artistas, políticos o ciudadanos a secas, se ha denunciado el “sistema de exclusión y de distinción nacional”,<sup>6</sup> que algunos llaman ahora de “asimetría”, practicado por el gobierno federal de Canadá en detrimento de los francoparlantes. Nos vienen a la memoria, ya no tanto los testimonios de los propios quebequenses quejándose por su *status* de colonizados e inferiores, sino el famoso *Informe Durham*, que argumenta con lujo de detalle los porqué de ese trato diferencial. Vivir como alguien “excluido”, inferiorizado por el “otro”, reforzó en el pasado la necesidad de pertrecharse en lo propio, pero la inevitable convivencia con ese “otro” acarreó, paulatinamente, el desdibujamiento de ciertos rasgos que en las pequeñas experiencias cotidianas produjeron un efecto corrosivo o simplemente siguieron un proceso natural de transformación, observable en toda sociedad en evolución. En la trayectoria seguida por la lengua francesa a lo largo de cuatro siglos, tenemos uno de los ejemplos más elocuentes al respecto: algunas de las características que definen la variante quebequense del francés, inherentes a toda situación de diglosia, tienen que ver precisamente con ese

<sup>6</sup> Neil BISSOONDAT, *Le Marché aux illusions. La méprise du multiculturalisme*. Montreal, Boreal Liber, 1995, p. 57.

proceso de contaminación lingüística cuando las fronteras culturales entre dos comunidades acaban por ser inoperantes en virtud del *status* de superioridad del que goza una de las dos. El poeta Gaston Miron, muerto recientemente, y Michèle Lalonde, también poetisa, han escrito penetrantes y agudos ensayos acerca de la importancia de la defensa de su lengua en la preservación de su identidad cultural. En éste, como en otros aspectos, el pueblo quebequense ha luchado por defender su integridad cultural, sobre cuya base no ha renunciado a querer construir su soberanía.

Quiérase o no, los efectos de la interacción están allí; casi cuatro siglos de convivencia han dejado huellas que no pueden borrarse por decreto. De ahí que, en ambos lados de la frontera, si bien por razones diferentes, persista la dificultad de algunos para consumir la separación. En un paisaje identitario tan complejo, el problema no puede ser abordado tomando en cuenta sólo lo que podría considerarse como los actores principales: el pueblo quebequense francófono y el resto de la federación angloparlante. No, existen otros protagonistas cuyo papel resultó decisivo en el reciente referéndum. A grandes rasgos, tenemos, como ya se dijo, por un lado a la población quebequense de origen inglés, asentada desde hace siglos en la provincia, y, por el otro, a los diversos grupos de inmigrantes de más reciente instalación, no sólo en Québec sino en todo Canadá, pero que en este caso hicieron que la balanza se inclinara en el sentido de la permanencia de la provincia dentro de la federación.

Si ahora intentamos colocarnos en la perspectiva de los anglófonos que se oponen a la independencia de Québec, parecen dibujarse, entre otros, al menos dos temores: el más inmediato, nos parece, se refiere al precedente que esto sentaría en cuanto a reivindicaciones similares que pudieran surgir en otras partes de la federación. El otro temor, que tiene que ver más con el imaginario de los canadienses de origen inglés, es el de ver desaparecer al pueblo quebequense como “alteridad”, gracias a la cual perciben su propia identidad canadiense anglófona, de americanos del norte. Quienes han estudiado y analizado con ojos autocríticos los problemas de construcción de la identidad de esta comunidad anglófona, han debido reconocer, por un lado, la dificultad que entraña sustraerse a la influencia del modelo estadounidense y, por el otro, que la lucha del pueblo quebequense en defensa de su identidad ha sido en sí una lección decisiva para la toma de conciencia de los canadienses anglófonos. Éste es también un ángulo desde el cual pueden abordarse las interacciones entre las comunidades cuya frontera cultural y cuyas resistencias, en el plano de lo imaginario, se traducen en comportamientos defensivos, reivindicativos.

Antes de abandonar el espacio interior, dentro del cual se dibujan, como ya se dijo, varias alteridades, varios “otros” con los que el pueblo quebequense debe interactuar, se impone comentar más detenidamente la cuestión de las

minorías étnicas. Precisamos, de paso, que no nos sentimos competentes para abordar la relación con los grupos amerindios, ángulo que también debería formar parte de este análisis.

La política migratoria practicada por Canadá desde fines del siglo pasado, a lo largo del XX y sobre todo durante las últimas décadas, ha propiciado una nueva dinámica social. Para algunos, las medidas aplicadas por el aparato federal resultan criticables desde diversos puntos de vista. Los visos problemáticos que esta situación ha cobrado en los últimos años pueden explicarse, en parte, por una cierta mentalidad que los propios canadienses reconocen como característica de su identidad. Robert Schwartzwald lo formula como sigue: “La gran mayoría de los canadienses [...] vivimos en un margen, en la estrecha lengüeta de nuestro inmenso territorio, a unas cuantas horas del puesto fronterizo estadounidense más cercano”;<sup>7</sup> pero si en estas líneas el margen aludido es en relación con la gran potencia del sur, con el “imperio americano”, cuya “decadencia” Denis Arcand nos pintó en su película,<sup>8</sup> en otro tiempo la marginalidad era vivida frente al imperio británico, alteridad lejana que también dejó su impronta en la identidad de los canadienses, pues de alguna manera esa posición marginal ha acabado por ser vivida como una forma de identidad, lo que según algunos analistas encaja bien en una visión posmoderna.

Por un curioso reflejo, durante algún tiempo, el pueblo anglocanadiense recurrió a los componentes minoritarios de su población —quebequenses y amerindios— para fincar su “diferencia” identitaria ante el mundo. Entre su propia vivencia de la “marginalidad” y la adopción de las alteridades marginales que contribuían a su propia identidad como país, Canadá estaba convencido de haber alcanzado un acomodo entre las diferencias, de haberse convertido en un modelo de estabilidad y tolerancia. Sin embargo, independientemente de los temores por la eventual separación de Quebec, recrudescidos por el reciente referéndum, el propio referéndum federal puso de manifiesto una serie de fisuras que tienen que ver, en parte, con la política multiculturalista practicada de unos años a la fecha. Fincada en el postulado del reconocimiento y el respeto a la diferencia, esta política se traduce, en opinión de algunos estudiosos con mirada autocrítica, en una situación de “marginalidad benevolente y condescendiente” que, en realidad, equivale a un “al reconozcete como diferente, te excluyo”, atribuible a esa dificultad, casi imposibilidad, de los colonos anglosajones y ahora de sus descendientes para “conocer, reconocer y aceptar el encuentro, la fusión con el o los otros”.

<sup>7</sup> Robert SHWARTZWALD, “Présentation”, en *Revue Internationale d'études Canadiennes*. Ottawa, otoño de 1994, p. 5.

<sup>8</sup> *La decadencia del imperio americano*, 1986.

Desde ambos lados de las fronteras lingüísticas, pero sobre todo en la parte angloparlante, se denuncia cada vez más el multiculturalismo convertido en una “linda fachada”<sup>9</sup> que más bien oculta una enmarañada red de relaciones sociales. Esta denuncia queda de manifiesto en los resultados de encuestas recientes, que arrojan un 80% de la población opuesta a dicha política. En efecto, el novelista y ensayista Neil Bissoondath subraya los riesgos, trampas y equívocos que entraña la actual política multiculturalista de Canadá.

A lo largo de más de veinte años de residencia en Toronto, el escritor nacido en Trinidad y Tobago ha podido vivir en carne propia, familiarizarse y profundizar en la problemática de la integración de los grupos de inmigrantes y su evolución en la sociedad de asilo. La experiencia acumulada en ese contexto de reivindicaciones identitarias lo condujo a escribir *Le marché aux illusions*, en torno al cual se ha levantado una acalorada polémica, ya que en sus planteamientos ataca frontalmente la “institucionalización de la diferencia” que, al fomentar en los inmigrantes lo que los distingue como minoría, refuerza su condición de extranjeros e impide su integración progresiva y armoniosa dentro de la sociedad de adopción. El fundamento de esta política es, como estipula el artículo 3, párrafo a), de la Ley sobre el Multiculturalismo Canadiense:

[...] la política del gobierno federal [...] consiste en reconocer que el multiculturalismo refleja la diversidad cultural y racial de la sociedad canadiense y reconoce la libertad de todos sus miembros de mantener, favorecer y compartir su patrimonio cultural, así como sensibilizar a la población con este fin.<sup>10</sup>

Pero para Bissoondath estas medidas no hacen sino “incitar a los inmigrantes a preservar su carácter exótico y a limitarse a los estereotipos aceptados en relación con su cultura de origen”,<sup>11</sup> con lo cual se entorpece y bloquea la eclosión del sentimiento de arraigo, de solidaridad y lealtad que es deseable desarrollar en el inmigrante frente a la sociedad que lo acoge.

Por otra parte, el respeto a la diferencia se torna en una falacia, pues esas minorías acaban por vivir confinadas en especies de *ghettos* carentes de un centro de gravedad que articule a la sociedad en su conjunto. Lo anterior, según Bissoondath, es válido sobre todo para el Canadá anglófono, ya que considera que, por su trayectoria combativa en términos de integridad cultural, la sociedad francófona de Quebec ha conseguido preservar una estructura

<sup>9</sup> R. SCHWARZTWALD, *op. cit.*, p. 13.

<sup>10</sup> *Guía dirigida a los canadienses*, citado por Hélène MORIN, *Quebec International*, núm. 2, vol. 13. Ottawa, otoño de 1995, p. 25.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 24.

identitaria más congruente, así como dotarse, en lo económico y en lo político, de instancias provinciales más aptas y flexibles a la integración de los grupos étnicos. Que los hijos de los inmigrantes deban asistir a las escuelas de habla francesa es una exigencia que Bissoondath justifica y ve como benéfica para los inmigrantes en el sentido de que favorece su inserción en la sociedad quebequense y no su marginación en nombre de una supuesta libertad. La sociedad debe tener presente que este proceso no es ni instantáneo ni automático, sino que “el inmigrante no puede adoptar un nacionalismo que ha sido elaborado en el pasado y que se le impone. Lo que él busca es una idea de pertenencia a una sociedad que evoluciona y que él contribuye a definir”.<sup>12</sup> Según James Clifford, la reactualización del debate sobre la identidad ha traído aparejada la noción de diferencia, ambas vinculadas con el concepto de cultura que, para ser más exactos, debería ser evocada en plural. El riesgo que se presenta es que “la diferencia cultural ya no [sea] una alteridad exótica y estable; [sino que] las relaciones de alteridad [sean] más bien cuestión de poder y de retórica que de esencia”,<sup>13</sup> porque el tema de la diferencia puede ser objeto de un manejo ambivalente por las elites en el poder.

Hace un momento apuntábamos que, dentro de su propia provincia, el pueblo quebequense debía interactuar tanto con la comunidad angloparlante, arraigada en ese territorio casi al mismo tiempo que los franceses, como con los diversos grupos de inmigrantes, que han ido cobrando peso en el espacio interno e inevitablemente imprimen su huella en el paisaje cultural e identitario de la población quebequense. Pero, a decir verdad, históricamente la primera alteridad fue la madre patria, la metrópoli allende el océano, con la cual se estableció una relación ambivalente de admiración-rechazo, de idealización-resentimiento debido al brusco estado de orfandad al que Francia redujo, a mediados del siglo XVIII, a sus súbditos de la colonias americanas. Entre el orgullo de ser herederos de la cultura francesa y el abandono en que se encontraron frente a los embates del colonizador inglés, los colonos franceses incorporaron de manera diferente la alteridad de la antigua metrópoli hasta llegar, en nuestro siglo, a sentirla ya sólo como la hermana mayor o la prima europea, con el orgullo de su propia historia y sin el resentimiento de dos siglos atrás, cuando el “otro” frente al que había que afirmarse era el inglés, convertido en dueño de las riendas de sus destinos.

Más allá de Canadá, en lo que llamaríamos las fronteras hacia afuera, los mecanismos de interacción en que participa Quebec se juegan con el insoslayable vecino que compartimos canadienses y mexicanos. Éste es un capítulo rico

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 25.

<sup>13</sup> Citado por S. SIMON, “Présentation”, en *op. cit.*, p. 21.

y complejo, ya que, en virtud de procesos históricos que rebasan la dinámica interna, la dimensión “americana” de la identidad quebequense emana y corresponde casi exclusivamente a lo que Estados Unidos encarna en el imaginario de los canadienses, en general. Empero, como nosotros también tenemos algo que decir en cuanto a la vivencia de la americanidad, más adelante nos permitiremos matizar este aspecto, tomando en cuenta que el pueblo quebequense ha empezado a integrar en su imaginario la experiencia que puede emparentarlo con el resto de América, al sur del río Bravo, es decir la famosa herencia de “latinidad”<sup>14</sup> que Napoleón III enarbó el siglo pasado para oponerse al expansionismo anglosajón de la joven potencia. La vasta comunidad latinoamericana, con todos sus matices y diferencias, representa una nueva alteridad para los quebequenses, como atestiguan los múltiples proyectos compartidos desde hace al menos dos décadas en los ámbitos intelectuales, artísticos, académicos, por no mencionar los niveles de la política, la economía y la tecnología. En tales condiciones podría, pues, hablarse de fronteras internas y externas, de una identidad cultural que se define por sus interacciones hacia adentro y hacia afuera, en función de las diversas alteridades a las que se ve confrontada. Desde el punto de vista político, Quebec está viviendo las dos caras de la moneda: el estado federal aplica a la provincia estrategias que la ubican en un *status* de minoría, y, a su vez, el gobierno provincial tiene que hacer otro tanto en relación con las minorías arraigadas en su seno, o sea, que lo que entra en juego son estrategias de una mayoría frente a sus propias minorías.

Al ensanchar espacialmente los linderos que colocan a los quebequenses frente a otra alteridad, aparece, como dijimos, nuestro vecino común. En el caso de Quebec éste se confunde, en buena medida, con el primer “otro” inglés, su compatriota, en una suerte de continuidad cultural seriamente amenazante, para los unos, o imagen de la tierra prometida, para los otros, como fue el caso de los dos grandes flujos migratorios de francocanadienses hacia Estados Unidos: el primero que se produjo hacia el último cuarto del siglo pasado, después de la Guerra de Secesión y el segundo durante la entre-guerra.<sup>15</sup>

<sup>14</sup> Manuel LUCENA SALMORAL, “La latinidad y su sentido en América Latina”, en *La latinidad y su sentido en América Latina*. México, UNAM, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 1986, p. 17.

<sup>15</sup> Existen otros núcleos de descendientes de los primeros colonos franceses, asentados en diversos puntos de Estados Unidos. Estas comunidades establecidas en Luisiana (un millón sesenta y nueve mil quinientos cincuenta y ocho), en Massachusetts (novecientos cuarenta y seis mil seiscientos treinta), en Michigan (ochocientos veintiséis mil quinientos cincuenta y siete), en New Hampshire (trescientos veinticuatro mil quinientos sesenta y nueve) y en Florida (seiscientos treinta mil quinientos cuarenta), dicen haber tenido el francés como lengua materna, aunque a menudo sean incapaces

La “americanidad” invocada con frecuencia por los quebequenses remite, las más de las veces, según se apuntó, al referente Estados Unidos y se confunde —como lo reconocen ellos mismos, en ocasiones con complacencia, otras con resistencia— con lo que en su imaginario encarna ese país. La literatura aporta numerosos testimonios al respecto. Jean Morency publicó recientemente un estudio acerca de lo que él llama *El mito americano*, apoyándose esencialmente en la narrativa estadounidense y quebequense. Para el autor, el vínculo que une a esas dos tradiciones literarias tiene que ver con ese mito que comparten, pero que se reduce exclusivamente a la elaboración simbólica de los europeos instalados en el norte del continente, con su modo muy peculiar de colonización, y que poco tiene que ver con la “americanidad” de un Bolívar, de un Martí o de un Vasconcelos. En efecto, revisando un poco la historia podemos constatar que los estilos de colonización variaron según la identidad de las potencias que se repartieron el nuevo continente, y esas modalidades forjaron, consecuentemente, diferentes tipos de sociedad y, por ende, distintos perfiles identitarios.

Varios ensayos publicados en el número 10 de la *Revue Internationale d'Etudes Canadiennes* (Otoño, 1994), se centran en el análisis de la incapacidad mostrada por los colonos ingleses para abrirse al entendimiento del “otro”. Uno de los episodios más tristes e inolvidables a este respecto fue el de la expulsión de los acadianos, en 1775, que tuvieron que emigrar al territorio de Luisiana. A principios del siglo pasado, se escribió otra página memorable: la fracasada expedición al Ártico, encabezada por el británico John Franklin, quien, reduciendo a los aborígenes a la condición de sirvientes, hizo caso omiso de los consejos de sus guías y el contingente de colonos franceses que lo acompañaba quedó diezmado. En la misma publicación se alude a la dificultad de integración de grupos de irlandeses en Ontario. En fin, el ya citado *Informe Durham* abunda, con lujo de detalle, en la imposibilidad de entendimiento entre ingleses y franceses en virtud de la diferencia de temperamento y de mentalidad entre ambos, pero sobre todo por la inferioridad de los segundos.

Principales diferencias entre las dos razas [ingleses y franceses] y superioridad indiscutible de los “British Canadians...” En ninguna parte ha sido una virtud de la raza inglesa tolerar cualquier tipo de modales, de costumbres o leyes que le parecen ajenas. Conscientes, por lo común, de su propia superioridad, los ingleses no se toman el

de expresarse en dicho idioma (F. BOUDREAU y G. MARC NIELSEN, “Francophonies minoritaires. Identités, stratégies et altérité”, en *op. cit.*, pp. 5-6). No incluimos en estas categorías a los acadianos que fueron víctimas de un exilio forzado.

trabajo de ocultar a los demás su desprecio y la aversión que sienten por sus modos de ser.<sup>16</sup>

Bástenos estas cuantas líneas para imaginar que, con esta actitud como base de la interacción entre las dos comunidades, resultaba difícil aspirar a la concordia en términos de equidad.

Apenas con algunos matices diferentes, los colonos, también ingleses, que ocuparon el territorio que se convertiría en Estados Unidos, mostraron la misma ineptitud, el mismo desprecio para comunicarse con el "otro". El reparto territorial entre poblaciones blancas y reservas indias marca claramente el divorcio entre ambos grupos humanos y, por ende, la imposibilidad de ver surgir una sociedad mezclada, mestiza, con los aportes de unos y otros. En este sentido, la diferencia es palpable respecto a las formas de interacción practicadas por los colonizadores iberos en el resto del continente. Es por ello que a nosotros nos parecería importante ampliar la reflexión hacia la alteridad que representa el vasto conglomerado de países latinoamericanos, con los que el pueblo quebequense, que se reconoce como latino, podría, más que defenderse, dialogar, interactuar sin recelos.

Para concluir, una deuda con la honestidad nos impone reconocer que, de manera cada vez más visible, hasta Estados Unidos participa del acervo de la latinidad si tomamos en cuenta la creciente población hispanohablante de origen latinoamericano, conocida como hispana, que se ha asentado en ese país como resultado, entre otros motivos, del irrefrenable éxodo provocado por las crisis económicas. La interacción ya no sólo se genera en las franjas fronterizas sino en el interior, debido a los importantes núcleos de inmigrantes que, integrados o no, plasman irreversiblemente su huella cultural en el tejido social, a más de jugar un papel capital en la economía estadounidense.

La interacción con propios y extraños es cada vez más una dimensión ineludible de nuestra realidad, impuesta por la forzosa e inevitable interdependencia del mundo actual. Lejos de verla como un mal necesario, habría que velar porque los términos que la definen y los efectos que produce se mantengan en la equidad y el respeto que merecen unos y otros.

<sup>16</sup> *Le Rapport Durham*. Montreal, Les Editions Sainte-Marie, 1969, pp. 11-16. (Trad. al francés de Denis Bertrand y André Lavallée.)